

lores se había subvertido. Asimismo, dentro de este capítulo encontramos una buena descripción de la cuestión morisca, y de los moriscos en la novelesca cervantina (págs. 201 y ss.).

Había en la clase rural, lógicamente, labradores ricos, aunque la burguesía de los primeros años del siglo XVI agonizaba. El villano rico—salvo raras excepciones— deseaba ser noble.

«Honor y limpieza de sangre» es la materia que ocupa el capítulo IV. Buena distinción entre honor y honra, apoyándose en trabajos fundamentales. *Poder, honor y élites*, de José Antonio Maravall, es guía de buena parte del capítulo. En la concepción caballeresca del honor se destacan tres cualidades: la riqueza y la liberalidad, la valentía y el arrojo, la veracidad y el fiel cumplimiento de la palabra dada, cualidades que adornan a nuestro héroe, exceptuando naturalmente la que no dependía de él. Javier Salazar estudia minuciosamente todos los signos y comportamientos del caballero: armas, tratamiento, duelo, etc.

El capítulo V—«*El Quijote*, parodia y lección»— encauza los anteriores a las conclusiones. En la última década del siglo XVI, la ruina de los negocios se une a la peste, malas cosechas, hambre, bancarrota real, retrasos de la flota americana. Todo nos muestra un país devastado. La Corona intenta encontrar en la venta de títulos una fuente de ingresos. Se extiende la fiebre nobiliaria. Aunque fue Pierre Vilar el primero que relacionó el *Memoirel* de Cellorigo (1600), en el que se denunciaba el prurito nobiliario, con los escritos cervantinos, Javier Salazar insiste en ello, aunque se apresura a afirmar que el sentido de una novela tan compleja no puede quedar agotado ahí, pues el mismo autor nos recuerda la afirmación ortegiana: El

*Quijote* es y debe seguir siendo un genial equívoco, aunque Salazar Rincón se atreve a una definición: «la novela cervantina nos parece la historia de un *engaño*, que a través de sucesivas derrotas, desilusiones y fracasos, se transforma en un patético y aleccionador *desengaño*».

Espléndida obra la que hemos reseñado, que debería rectificar algunos desplazamientos de fechas en próximas ediciones (por ejemplo, la obra de Arco y Garay aparece datada de manera diferente en las páginas 12 y 134). Pero son erratas de menor cuantía.

VICENTE GRANADOS

ARELLANO, IGNACIO: *Poesía satírica burlesca de Quevedo*. Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1984, 577 págs.

La bibliografía sobre Quevedo, uno de los mejores escritores de nuestra historia literaria, es bastante numerosa como corresponde a su calidad y cantidad. Pero por ser una obra tan riquísima y compleja quedan todavía muchos flecos sueltos para aclararla, analizarla y, por ende, valorarla en sus vertientes denotativas y connotativas.

El voluminoso estudio de Ignacio Arellano es un paso (un gran paso) más en la dilucidación tanto textual como literaria de una parcela quevediana: la poesía satírica (tanto las «sátiras graves de expresión elevada y sin fines risibles» como las de «intención de censura moral y estilo burlesco») y la poesía burlesca (la que parece falta de intención crítica o moral, atenta «únicamente al *delectare* y a la diversión risible que procede del alarde estilístico»).

El libro, producto de la tesis doctoral leída por Arellano en 1983 en la

universidad navarra que ahora la edita, consta de dos partes perfectamente armonizadas: el estudio y la edición (anotación filológica) de los sonetos quevedianos pertenecientes a estas dos ramas, aludidas anteriormente, tan peculiares del autor madrileño.

La primera parte (págs. 15-332) se centra en realizar un estado de la cuestión valorativo y crítico tanto sobre los perfiles teóricos de lo que se entiende por poesía satírica y burlesca como lo que la crítica ha dicho sobre esta modalidad poética del creador del *Buscón*; además de hacer un pulcro análisis de los temas, personajes, material expresivo, recursos pragmáticos y profundizar en el ingenioso estilo de don Francisco. Finaliza con una utilísima bibliografía.

La segunda parte (págs. 333-543) se convierte en un modélico trabajo de anotación filológica de 120 sonetos satíricos y burlescos, que complementan y enriquecen los trabajos de José Manuel Blecua, James O. Crosby, Pablo Jauralde, J. M. Balcells, José María

Pozuelo Yvancos, etc. Con el esfuerzo de Arellano se superan casi todos los obstáculos para comprender «la relación estrecha con la propia sociedad, los chistes dirigidos a personas y sucesos, los juegos con frases hechas vivas en su tiempo, el manejo de toda clase de elementos coetáneos del escritor y, sobre todo, el intenso ejercicio de la agudeza, estética dominante en el barroco», que tan intensa y herméticamente aparecen en la poesía satírica y burlesca de Quevedo. Un índice de notas, onomástico y de primeros versos, de gran rentabilidad para lectores e investigadores futuros, cierra el volumen.

En síntesis, estamos ante un magistral estudio que a la vez que arroja ingentes caudales de luz sobre esta parcela poética quevediana, se convierte en un modelo de investigación filológica para quien quiera acercarse y acercarnos a nuestros clásicos áureos.

JOSÉ ROMERA CASTILLO